Tom. III. Num. 70. —153— 11 de Agosto de 1844.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

Á LA MUERTE.

Fantasía.

¡Huye, vision homicida,
si no me quieres, amigo;
que fiero rencor abrigo,
y por Dios, tengo una vida
que echar á reñir contigo!

El que alzando el chafarote
acá en tu senda resbala,
cede por mas que alborote
á la opresion del garrote
ó al ímpetu de una bala.

Este compás es tan largo,
que mide al débil y al fuerte;
y por Dios, es bien amargo
que á tí nadie te dé muerte
teniendo tantos á cargo.

A todo vicho viviente
desde Adan vas persiguiendo:
siempre cercenando gente;
siempre á traicion esgrimiendo
tu cuchilla impunemente.

No hay hombres grandes ni chicos
que á tu clamor se hagan sordos;
tú has podido hacer añicos
á los flacos y á los gordos,
á los pobres y á los ricos.

No hay quien pueda furibundo
alargar de vida el plazo:
Newton, el sabio profundo
que era mas grande que el mundo,
cedió al poder de tu brazo.

Si en tu destino infernal
el diablo no tiene parte,
bien puedes vanagloriarte
que es tu poder colosal
cuando venció á un Bonaparte.

Víctimas son los leones
de ese poder sin segundo,
que en sus horribles funciones
hundió mil generaciones,
y hará pavesas el mundo.

¡Pues bien! Si no hallas trabajo
y haces trizas en tu saña
un mundo de cada tajo,
levanta la vil guadaña,
veremos quién es mas majo.

Contra tu existencia impía
justo es hoy mi frenesí,
justa la cólera mia;
padres y amigos perdí,
todo lo que mas queria.

No he desechado jamás
de encontrarte la esperanza;
ponte en guardia y ¡paso atrás!
veremos quién puede mas,
si tu encono ó mi venganza.

¿Por qué con ceño me miras,
cuando enojado me tienes
y solo rencor me inspiras?
Mal aconsejada vienes
á cebar en mí tus iras.

Corriendo como unos gamos
uno tras el otro andamos;
luchemos como enemigos
hoy que al fin nos encontramos
frente á frente y sin testigos.

Quizá vienes insolente,
confiada en los blasones
de ese brazo tan valiente
que ha rajado, omnipotente,
muy tremendos corazones.

Mas tu furor insensato
debe esta vez vacilar,
que ó me matas ó te mato

porque has venido á encontrar
la horma de tu zapato.
Si á otros hombres intimida,
muerte, tu traidora saña,
levanta el hierro homicida
porque es muy dura mi vida
para temer tu guadaña.
Poco quien eres aprecias
cuando no vengas la injuria,
mas.... son mis bravatas necias.
Tal vez á mí me desprecias
como desprecias mi furia.
Huye por Cristo de aquí,
que estoy bufando de verte;
y al verte cerca de mí,
me dan tentaciones, muerte,
de ensayar tu oficio en tí.
Busca, por tu bien lo digo,
la salvacion en la huida,
que fiero rencor abrigo,
y por Dios, tengo una vida
capaz de reñir contigo.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

EL DESQUITE.

Un dia de primavera
muy cerca de anochecer,
bajaba por la pradera
cierta niña placentera
corriendo á todo correr.
Iba la bella pastora
con un cántaro en la mano,
mas hermosa que la aurora
cuando las campiñas dora
con su esplendor soberano.
Tan seductor su mirar
y su cuerpo tan gentil,
que fuera en vano buscar
quien la pudiera igualar
desde el Ebro hasta el Genil.
Talle esbelto, pié liviano,
que apenas la yerba pisa,
lindo semblante africano,
y negro cabello, ufano
jugueteando con la brisa.
Siguiéndola presuroso
tras ella viene un zagal,
de blanca tez, cuerpo airoso,
jóven, alegre y hermoso,
y con labios de coral.
¡Bella pareja á fé mia!
dije al verlos, ¡vive Dios!
Y mientras ella corria,
y él siguiéndola seguia,
fuí yo siguiendo á los dos.
El zagal apretó el paso;
la niña al fin se cansó:
y como era campo raso,
ella sentóse al acaso
y él tras ella se sentó.
El la miraba estasiado
y ansioso se le acercaba;
y ella con gesto de enfado
tornaba el rostro á otro lado,
en tanto que se apartaba.
En estado tan penoso
pasaron un largo instante:
él contemplando amoroso;
ella tornando el semblante
con ademan enojoso:
El cambiando de lugar
por acortar la distancia,
y ella siguiendo al azar,
con esquivez y arrogancia
moviéndose sin cesar.
Mas atrevido el doncel
ó menos terca la bella,
creció la constancia en él
mientras que aminora en ella
hasta ponerse á nivel.
Ligera saltó la niña
al ver que se le acercaba,
y él cual ave de rapiña,
asióse de la basquiña
en tanto que así le hablaba:
—Cielo mio, ¿á dónde vas?
—¡Rara pregunta por cierto!
¿No ves el cántaro, Blas?
—Qué quieres decir, no acierto.
—Eres un tonto y no mas.
—Gracias, Juana ¡Estás terrible!
¿Quién en cántaros repara
al ver tu talle flexible
y ese fuego irresistible
de los ojos de tu cara?
—Chusco estás.—No es cortesía.
—Será ficcion.—No lo es.
—Burla será.—¡Tal parfia!
te juro por vida mia....
—Que quieres á cuantas ves.
—Loca estás!—Mas no he mentido.
—Cómo!—A qué disimular,
si ayer estabas rendido
junto al meson de Garrido
enamorando á Pilar?
—Celos son.—Pero fundados.
—Engañada vas.—No á fé,
porque os miré recostados

y tiernamente abrazados.
—Lo viste bien?—Ya se ve.
—No te incomodes, paloma,
que al fin es...—Muy natural.
No es así?—No; y por Mahoma
te juro que fue una broma.
—Pero pesada y formal.
—Me perdonas?—Eso no.
—De veras?—No hay que dudar.
—Nadie cual yo te adoró.
—Y quién me lo dice?—Yo.
—Pues reniego de tu amar.
—Mira: vamos á la fuente
que allí las paces haremos.
—Y Rita?—Por Juan Llorente
está de amores demente:
—Y quieres tú?...—Que marchemos.
Pero calla!... te has manchado
por detrás el guardapiés!
Cómo así?—Me habré sentado.
—Y el cántaro...—Está quebrado.
—Por dos lados!—No; por tres.
—Lástima fue.—Ciertamente.
—Es decir que...—Le rompí.
—Mas cómo fue?—Fácilmente.
¿No conoces á Clemente
el hijo de Antonio?—Sí.
—Pues bien; cuando ya venia
se empeñó en darme un abrazo.
—Y te lo dió?—Tal queria.
—Pero tú...—Me defendia
con fuerza y desembarazo.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
—¡Por vida de Dios del cielo!
—¿A qué tal esclamacion?
—¡Habrá mayor desconsuelo!
—Pero, qué?..... —¡Tú por el suelo
rodando con el de Anton!!!
¿Y te abrazó? —Claro está,
Pero tan solo por broma;
con suma inocencia. —Ya.
—Te aseguro por Mahoma
que no pasó mas allá.
Y al fin tu me has enseñado.
—¡Eso dices! —¿Por qué no?
—¡Vive Dios! —¡Vaya un enfado!
Te vi con Rita abrazado
y quise imitarte yo.
—¡Oh funesto desengaño!
¿Sabes tú?.....—Yo sé un refran
que me enseñaron antaño
y dice, si no me engaño,
«donde las toman las dan.»
Iba la bella Juanita
en esta conversacion,
cuando una abeja maldita
hácia mí se precipita
y me clava el aguijon.
Levanto la mano y..... zas.
Dí tal golpazo..... en mi cara,
que no aguijoneára mas
el bicho, si no marchára
en alas de Barrabás.
Cuando el estruendo sintieron
que hizo mi mano al caer,
Juana y Blas se estremecieron,
avergonzados se fueron,
y no los he vuelto á ver.

BALDOMERO MENENDEZ.

Á D. JOSÉ BERNAT BALDOVÍ (el Sueco.)

¿Qué es peor, ir en verano vestido de invierno, ó en invierno vestido de verano (1)?

O soy necio y casquivano,
ó he de probar que es mejor
ir de invierno con calor,
que con frio, de verano.
Asunto es este muy serio,
gravísima cuestion es,
y exige por su interes
discutirse con criterio.
Dilucidarla contigo
quiso, si mal no me acuerdo,
Bonilla que, aunque no es lerdo,
sabes que es flaco enemigo (2).
Mas, pues Bonilla trocó
la pluma por el pincel
y por el lienzo el papel,
fresco estás, que aquí estoy yo.
No te hagas, Bernat, el sordo;
yo en paz no te he de dejar,
que al cabo no ha de faltar
un gordo para otro gordo.
Que siga Bonilla ufano,

(1) Esta importantísima cuestion debia dilucidarse entre los Sres. Bonilla y Bernat; pero desgraciadamente el primero se ha entregado con tal pasion á la pintura, que ni siquiera se acuerda de hacer versos.

(2) Es decir, de pocas carnes. Entiéndase en este sentido.

ya que es este su recreo,
estudiando en el Museo
las obras del gran Ticiano.
Y dando á las artes brillo,
que siga copiando fiel
la *Perla* de Rafael,
los *Leprosos* de Murillo (1).
Que para darte á lo Bruto
una carga, Baldovi,
Bonilla me tiene á mí;
ya aquí estoy de sustituto.
Y pues seria mancilla
vencer (¡qué desigualdad!)
un gordo cual tú, Bernat,
á un flaco como Bonilla;
No dejes la espada, no,
colgada del viricú:
para un gordo como tú
hay un gordo como yo.
Contémplame acero en mano,
sosteniendo que es mejor
ir de invierno con calor,
que con frio, de verano.
Y pues de conversacion
ya basta y sobra, al asunto;
ya ni á pedradas del punto
me sacas de la cuestion.
Sé bien que es cosa ridícula
sufrir con trage de paño
la ardiente estacion del año,
la abrasadora canícula.
¿Quién se encuentra en tal desdicha
y recíos vientos no anhela,
como los barcos de vela
cuando sufren calma chicha (2)?
Sé que uno cual tú nutrido,
condenado á tal tortura,
por la boca la asadura
echaria de un bufido.
Y aunque te parezca mengua
que á un can compare tu igual,
te digo que iria el tal
cual can sacando la lengua.
Transpiraciones eternas
le escaldarian acaso,
y dar no podria un paso
sin que ensanchase las piernas.

(1) El Sr. Bonilla sacó en el Museo de pinturas de esta córte una bella copia del magnífico cuadro de Rafael, llamado la *Perla* por antonomasia. Otra hizo escelente de *Santa Isabel curando los leprosos*, que es una de las mejores obras de nuestro inmortal Murillo. La tal copia, si no estamos mal informados, se halla en poder del Sr. Salamanca.

(2) Entre marineros es la calma absoluta con la cual no pueden navegar los barcos de vela.

Cada poro un manantial
de sudor pareceria;
su cuerpo nube seria
de un diluvio universal.
Pero al cabo esos sudores
son, Bernat, una friolera,
y aun sirven para echar fuera
todos los malos humores.
Y por lo tanto no en vano
yo sostengo que es mejor
ir de invierno con calor,
que con frio, de verano.
Bien dice un refran vulgar,
un aforismo casero,
que tan solo un majadero
toser prefiere á sudar.
Por la Virgen, seamos francos:
¿quién sufre un aire sutil
con casaquilla de dril
y pantaloncitos blancos?
Dí ¿qué harias tú, pobrete,
á la ligera equipado,
cuando el aire es tan helado
que hace de un hombre un sorbete?
Me parece que te veo
sin capa ni otro atavío,
paseando y dando frio
á todos los del paseo.
¡Pobre *Sueco*! ¡cuantos credos
rezáras en tal apuro!
Solo al pensarlo, es seguro
que ya te soplas los dedos,
Y los metes de repente
en un bolsillo cualquiera,
ó á falta de faltriquera
en puesto menos decente.
Cuántos ¡ay! por no sacar
del escondrijo las manos,
comezon teniendo y granos,
se han dejado de rascar!
Por igual causa á menudo
muchos, sin ser monigotes,
no se limpian los bigotes
ni aun despues de un estornudo.
Conozco mas de un católico
que en tan tremendos instantes,
por no soltar los tirantes,
ha luchado contra un cólico.
Y de uno sé poco ducho
que hallándose en campo raso,
le sobrevino un acaso
que le da que pensar mucho.
Era el tal hombre un buen hombre,
lleno de temor de Dios,
y como cual él no hay dos,

bien puedo omitir su nombre.
Antes que jurar en falso
ó faltar al cumplimiento
de algun voto ó juramento,
subido hubiera al cadalso.
Hacia un aire que viva
la médula penetraba,
un frio hacia que helaba
en la boca la saliva.
¡Y el infeliz, como he dicho,
hallábase en campo abierto!
¡Cuánto mejor vivo ó muerto
hubiera estado en un nicho!
De tripas retortijones
le dieron inesperados,
y sin prever resultados
desatacó sus calzones.
Y la deshonesta brisa
que crudisima soplaba,
los faldones agitaba
sin piedad de su camisa.
Frio hacia tan de sobra,
que luego se levantó,
y el desdichado dejó
á medio acabar la obra.
¡Ahora viene el trabajo!
¡Ahora empieza el dolor!
mira al infeliz ¡qué horror!
con los calzones abajo,
Sirviéndole de grillete
sin que subírselos pueda,
porque el frio se lo veda,
que envarado está el pobrete.
Sus manos no tienen tacto;
á ser ¡ay! menos discreto,
para salir del aprieto
con el diablo hiciera pacto.
Socorro pide en voz alta,
tiritando casi yerto,
mas se encuentra en un desierto
do la esperanza le falta.
A nadie ve, nadie pasa,
ni hombre, ni carro, ni coche,
y ya se acerca la noche,
y él no se acerca á su casa.
Y mientras tanto la brisa
que deshonesta soplaba,
los faldones levantaba
sin piedad de su camisa.
Atraido por su queja
acércasele un vestiglo,
una muger que es un siglo,
una vieja muy revieja.
—¡Atacadme los calzones,
al verla clama impaciente,
y siempre os tendré presente
en todas mis oraciones!
Pero la vieja maldita
viéndole desesperado,
quiere esplotar el estado
del infeliz que tirita.
Pasa de largo, él la llama,
y ella no escucharle afecta,
y así sigue en línea recta
su camino. El pobre brama
De cólera y frenesí,
y redoblando la voz
dice: —¡no seais atroz,
muger! ¿qué exigís de mí?
La vieja entonces se para,
y se ostenta menos terca;
luego al infeliz se acerca
y le contempla la cara.

Y con voz que le desuella,
le dice: —¿tienes muger?
—¿Por qué lo quereis saber?
—¡Toma! porque soy doncella.
El infeliz tuerce el gesto,
porque en estas espresiones
entreve las condiciones
de aquel vestiglo indigesto.
—Si no eres casado, amigo,
de apuros te sacaré,
con tal que de buena fé
jures casarte conmigo.
—¡Terrible estipulacion!
esclamó el desventurado;
y un rato quedó abismado
en no sé qué reflexion.

Y mientras tanto la brisa,
que deshonesta soplaba,
los faldones levantaba
sin piedad de su camisa.
La vieja, que no era tonta,
apremióle sin cesar,
y tuvo el triste que dar
una contestacion pronta.
¿En tan triste situacion,
qué hacer pudo el infeliz,
cuando de piés á nariz
era todo un sabañon,
Y mientras tanto la brisa
que deshonesta soplaba,
los faldones levantaba
sin piedad de su camisa?
Transigió, cedió, dió el sí
á aquella vieja infernal,
y hácia el tálamo nupcial
con ella fué, Baldoví.
De enlaces mas de un millon
yo he visto por interes,
y hasta he visto dos ó tres
por amor ó vocacion.
Que en el mundo maldecido
se da el hombre á la muger
á veces para comer
y otras para ser comido.
Casamientos por venganzas
muy á menudo se ven,
por compromisos tambien,
porque amor no quiere chanzas.
Pero nunca, amigo mio,
á no saberlo, creyera
que en este mundo se hiciera
un *casamiento por frio.*
Y pues con hechos, Bernat,
lo que es el frio he probado,
pues por él á un hombre honrado
ves perder la libertad,
Evita tú sus desastres
si en algo estimas tu piel,
que para librarnos de él,
buena ropa hacen los sastres.
Antes ruedes por barrancos,
que un frio sufras sutil
con casaquilla de dril
y pantaloncitos blancos.
Que eres necio y casquivano,
ó has de saber que es mejor
ir de invierno con calor,
que con frio, de verano.

A. Ribot y Fontseré.

EL COMPROMISO DE UN TUERTO.

Yo conocí al arriero Juan de Prado,
sevillano salado,
y téngase por cierto
que tambien era tuerto;
y si usted no lo toma por enojo,
como era tuerto le faltaba un ojo,
aunque yo no me acuerdo,
si el derecho ó el izquierdo;
ello es que le faltaba,
y que por esto tuerto se llamaba.
Pues, señor, este tuerto se bebia
tres azumbres de vino cada dia,
con que ya está apurado
que deberia ser aficionado.
Señal es cierta de que le gustaba
cuando tanto empinaba.
Un dia caminando
llegó ya tarde á la posada, cuando
la taberna cerrada
no despachaba nada,
porque la policía
en tales horas se lo prohibía.
El lance era apretado
para el arriero tuerto Juan de Prado:
pero él no desalienta,
antes, por buena cuenta,
camina á la taberna,
y con súplica tierna
conjura al tabernero
á que le venda, por cualquier dinero,
un cuartillo siquiera,
para de esta manera
reconciliar el sueño:
el tabernero puesto en este empeño,
como era un hombre avaro,
le ponderó que el vino estaba caro
y añadió.... vale hermano,
cada cuartillo, un ojo de cristiano:
muy bien está, le dijo el andaluz,
eche usted un cuartillo y adios luz.

J. M.

EPIGRAMAS.

A un andaluz y á un gallego
una anguila regalaron,
y armando camorra luego
sobre si es de Juan ó Diego,
á cruz ó pila la echaron.
Pidió cruz el andaluz,
y ganó contra la pila;

y dijo el otro avestruz:
Buenu, llévese la cruz,
mas yo me llevu la anguila (1).

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

—

Una modista á Calisto,
(chato que vale por dos)
le dijo: ¡válgame Cristo,
que chato lo hizo á V. Dios!
Y el contestó á la modista:
oiga V., no hay que mofarse;
las faltas deben callarse
cuando no están á la vista.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

—

A Isabel la literata
que prefirió á un ganapan,
mas de once sábios están
motejándola de ingrata.
Y ella dice: «¡ay tal porfia!
para lo que yo le quiero
tiene el mozo á quien prefiero
muy buena filosofía.»

—

Si has visto á impulsos del viento
dar vueltas una veleta,
su inconstante movimiento
no te trajo al pensamiento
el amor de una coqueta?

—

Al escuchar cómo aullaba
el perro de su vecino
dijo un barbero asesino
que á un pobre martirizaba:
«¡diablo! si estarán matando
á ese infeliz animal?»
y el otro dijo: «no tal,
es quo le están afeitando.»

GERÓNIMO MORAN.

Enfermedad de Don Abundio (2).

—

¡Qué cosa tan terrible es asistir á un sano cuando está enfermo! ¡Qué sustos y qué fatigas se pasan mientras la enfermedad no declina! No gana uno para médicos, sanguijuelas y zapatos, sin contar lo que consume la botica, que es un renglon regular. Don Abundio lleva gastado desde que cayo en cama lo siguiente:

500 cantáridas,
499 sinapismos,
dos arrobas de hojas de sen,
cuatro tinajas de jarabe,
id. de cocimientos antisécticos,
25 libras de sublimado corrosivo
y una arroba de soliman.

Total, una botica tan grande como la del Hospital.

Y sin embargo, ayer hubo necesidad de confesarle y despues hizo testamento. ¡Qué cosa tan atroz es asistir á un enfermo cuando está sano!

¿Y quién habia de decir que D. Abundio hubiera sido un hombre tan cruel como manifestó en su confesion? El confesor quedó admirado y nosotros lo estamos todavía. Y nuestros lectores se admirarán tambien cuando sepan la confesion.

El padre cura le animó mucho diciendo: con paciencia se gana el cielo, hijo mio, no hay que desesperar; cien años de pecador y dos minutos de arrepentido.

Y es que el cura ignoraba la edad de D. Abundio, que si no, ya le hubiera exigido algunos meses de arrepentimiento.

D. Abundio hizo su *per signum cruzis de inimicis suis*, y empezó de esta manera:

—¡Padre cura! ¡perdon! soy un asesino, soy un hombre inhumano!

—¡Cómo! ¿un asesino?

—Un asesino feroz que he matado todo cuanto se me ha puesto delante.

Y el cura por si acaso dió un paso atrás. Luego continuó:

—Vamos, que todo lo perdona Dios; dí los mandamientos.

—Es escusado, padre cura; yo no he pecado en el primero, ni en el segundo, ni en el tercero, ni en el cuarto y muy pocas veces en el sesto: nunca en el sétimo, ni en el octavo, ni en el noveno, ni en todos los restantes como no sea en el quinto. He manchado mis manos y regado el suelo infinitas veces con la sangre de muchos infelices, y esto no sé si Dios me lo perdonará.

—Cien años de pecador y dos minutos de arrepentido ¡hijo!

—Yo necesito un año de arrepentido por mis años y por mis crímenes, padre.

Y el padre dió una gran carcajada y le echó la absolucion, cuando supo que las innumerables y ponderadas muertes de D. Abundio, habian sido de pollos, pavos, gallinas, liebres y cochinillos. El enfermo despues de descargar su conciencia, quedó mas sosegado, y creemos que se restablecerá completamente en cuanto se le eche un remiendo en el corazon y unos intestinos nuevos.

(1) *Y se la comió*, dice la anécdota.
(2) Estofado.

AMBIGÚ.

Tortilla con riñones.

Se quita la grasa á un riñon, y se la echa en la sarten; añadiendo un poco de manteca, se quita despues todo lo pegado; y cuando está caliente, se echan los huevos batidos con un poco de agua, y sazonados con el mismo riñon picado.

Tortilla con tocino.

Se corta el tocino en pedazos que se dejan derretir y tomar color para echar los huevos por encima.

Tortilla de soplillos.

Se deslien las yemas de seis huevos con cuatro onzas de azúcar en polvo y una cucharada de agua de flor de naranja; se baten aparte ocho ó nueve claras, que se unirán con las yemas; se derretirá manteca en una sarten, y se echa lo que está preparado para la tortilla; y cuando empieza á amarillear, se la pone en un plato sobre cenizas calientes, cubierto con otro. Estos intermedios deben comerse al instante que estén hechos, porque se pasan cuando se aguarda un poco.

Tortilla con atun.

Se tomará para seis personas dos huevas de carpa bien lavadas, que se blanquearán teniéndolas por ocho minutos en agua ya hervida y ligeramente salada, se añade un trozo de atun fresco y un ajo cortado muy menudo: se pican juntamente las huevas y el atun, de manera que quede todo bien mezclado, y se echa todo en una cazuela con un pedazo de manteca, rehogándolo hasta que la manteca se haya derretido. Se toma luego otro trozo de manteca á discrecion, se le une con peregil y cebolla, y se pone en un plato ancho, rociado con zumo de limon sobre ceniza caliente. Se baten doce huevos frescos, las huevas y el atun, meneándolo todo hasta que se incorpore perfectamente, y se hace la tortilla regular, espesa y esponjosa para servirla al instante de comerla. Debe cuidarse, para que salga bien hecha, de que no hiervan las huevas y el atun para que no se endurezcan; que el plato sea de fondo para que pueda contener la salsa; y en fin, que se caliente el plato antes de echarlo en él, y ponerlo sobre la mesa, á fin de que todo esté en un temple que impida se fije la manteca.

Tortilla con criadillas.

Se cortan las criadillas en trozos que se echan en manteca, y se acaban de cocer en una salsa española. Preparados los huevos como comunmente se hace, se colocan enmedio las criadillas, y se sirven.

DE LAS LEGUMBRES

OBSERVACION.

Casi todas las legumbres de que va á tratarse, pueden servir de *intermedios*, y aun pueden añadirse las ensaladas, las de repostería, los macarrones, huevos, tortillas y todos los *intermedios* azucarados.

Alcachofas.

Se conoce que una alcachofa es fresca rompiéndola la cola cerca del pomo; y si se rompe sin esfuerzo y sin que deje ningun filamento despues de su rotura, es una prueba de que está buena; al contrario la dificultad de separarla y los filamentos que deje, prueban que está dura y desagradable al gusto. Se cortan las puntas de las hojas con tigeras: se prepara el interior despues de haberle lavado con agua fria, y se echan á cocer en una caldera con sal que se le echa al agua hirviendo: se las refresca y quitan las hojas de enmedio para separar el cogollo con precaucion; se reemplazan las hojas, y en el momento de servirlas se calientan de nuevo, y se echa encima la salsa blanca, ó mejor si se pone en una salsera aparte sobre la mesa.

Alcachofas fritas.

Se mondan y limpian las alcachofas, que despues se cortarán en pedazos mas ó menos gruesos, echándolas una por una en agua fria, se sacan y se dejan escurrir para meterlas en una pasta de freir, echándolas así en la sarten hasta que toman un buen color.

Alcachofas heladas.

Se cortan las alcachofas en cuatro ó seis partes, se les quita los cogollos, se pasan por manteca en una cazuela, polvoreándolas con sal fina, y se cuecen así con fuego sobre la tapadera. Cuando ya esten en sazon y hayan tomado color, se aderezan con la cabeza hácia abajo, para que aparezca la parte helada, y encima se le echa la manteca.

Alcachofas á la italiana.

Se dividen en cuatro partes iguales, se las quita el cogollo, se frotan con zumo de limon, se cuecen con agua, sal y el zumo de un limon ó agraz, se retiran, y se dejan escurrir para servirlas con una salsa italiana.

Espárragos.

Despues de raspados ligeramente los espárragos, y lavados con agua fresca, se les ata en pequeños hacecillos para echarlos en agua hirviendo, á la cual se haya añadido un poco de sal. Al cabo de quince ó veinte minutos estan bastante cocidos, y se sacan, se cuelan y sirven en una salsera en que se haya puesto salsa blanca.

Espárragos con guisantes.

Se cortan los espárragos largos y verdes en trozos de tres ó cuatro líneas de largo: se limpian con agua de sal, se dejan refrescar y escurrir, y se acomodan con los guisantes y la salsa que se quiera.

MADRID — SOCIEDAD LITERARIA — 1844.

IMPRENTA DE D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, CALLE DE SAN ROQUE, NÚM. 4.